

Antón Costas

El camino a una mejor enseñanza

El buen funcionamiento del sistema educativo –sobre todo el público– es fundamental para el progreso social, moral y material de una comunidad, especialmente para aquellas personas cuyos progenitores no tienen recursos para hacerse cargo del coste de la educación de sus hijos. La educación, como ha señalado el filósofo y premio Nobel de Economía Amartya Sen, capacita a las personas para ser realmente libres. Es decir, para ser capaces de lograr aquello que tienen derecho a desear.

Pero también es básico para el buen funcionamiento de la democracia y de la economía de mercado. La movilidad social que promueve la educación es un pilar fundamental tanto para una sociedad basada en el mérito y el esfuerzo como para la innovación que necesita la economía de mercado.

Sin embargo, la gestión político-económica de la crisis ha provocado que muchos ámbitos del sistema educativo hayan sufrido un considerable deterioro, mayor en centros que están en zonas castigadas por el desempleo, la pobreza y la marginación. El resultado, en algunos casos, ha sido el deterioro de la calidad, el abandono escolar, el absentismo y la indisciplina. A lo que se ha unido el abandono de enseñantes buscando centros sin esos problemas.

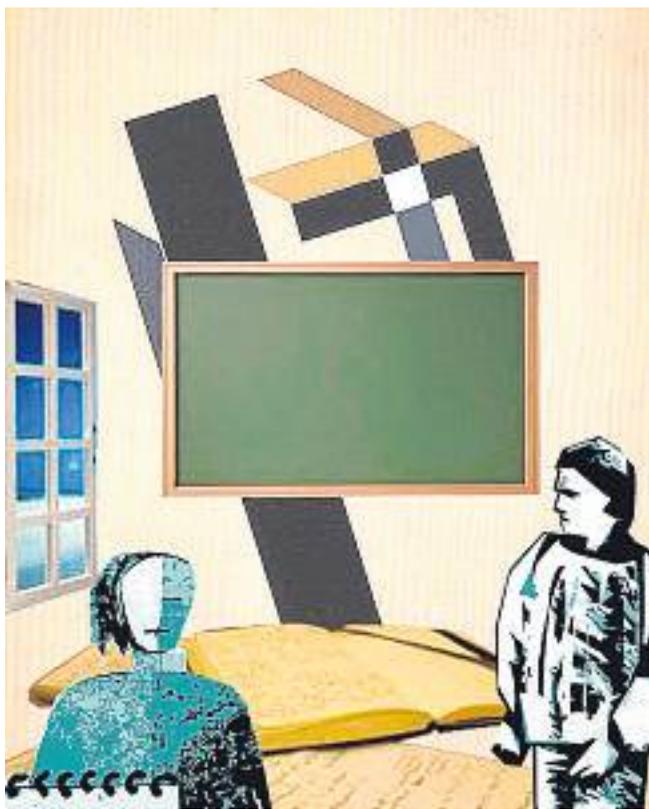
Para empeorar las cosas, este deterioro ha provocado también la huida de las clases medias de la enseñanza pública. Algo que también ha ocurrido en otros servicios públicos, como la sanidad. Esta huida es muy importante, porque la voz de la clase media es esencial para denunciar el deterioro y presionar para su recuperación.

¿Es posible escapar a esta situación? ¿Puede una escuela o un instituto que ha sufrido ese deterioro volver a la senda del éxito escolar y a la autoestima de los enseñantes?

Sí, se puede escapar al fatalismo del deterioro.

Permítame que utilice una experiencia que me es cercana. Desde hace siete años la Fundació Cercle d'Economia convoca

el premio Ensenyament con el objetivo de premiar iniciativas innovadoras en colegios e institutos de Catalunya. Cada año se presentan más de 50 proyectos con resultados medibles. Hoy, en un acto en CaixaForum de Barcelona, se darán a conocer los premiados de este año. Saldrán de cinco finalistas: la escuela Sadako y la escuela Voramar, ambas de Barcelona; el instituto Baix Camp, de Reus; el instituto El Castell, de Esparraguera, y el instituto Els Quatre Cantons, de Poblenou.



MESEGUER

El conocimiento de estas experiencias reconcilia con la enseñanza y los enseñantes. Es especialmente esperanzador ver como muchos de los premiados en años anteriores y de los finalistas de este año son escuelas e institutos que previamente habían sufrido un fuerte deterioro. Y lo es también ver como dentro de un sistema educativo que muchas veces se supone anquilosado se dan experiencias de innovación pedagógica extraordinarias.

¿Qué tienen en común los centros que han conseguido salir del deterioro y los que se muestran más dinámicos en la experimentación pedagógica? Si pudiésemos dar una respuesta a esta cuestión, estaríamos en condiciones de promover la mejora educativa generalizada.

Sin ser un experto, creo que aparecen cuatro elementos comunes. Primero, la existencia de un equipo docente, con un director líder al frente, comprometido, ilusionado y responsable del proyecto de mejora. Segundo, la implicación no sólo de la comunidad educativa en su conjunto, sino del entorno social, político y empresarial. Una implicación especialmente necesaria en el caso de institutos de FP dual. Tercero, la disposición a evaluar los resultados. Dice un refrán inglés que lo que no se mide empeora y lo que se mide puede mejorar. Y cuarto, reconocer y dar a conocer ese esfuerzo de mejora, tanto por parte de la administración educativa como por la sociedad. Este reconocimiento y la autoestima que genera es un incentivo más potente que la propia retribución monetaria.

Promover la experimentación es algo esencial en momentos en los que las cosas están cambiando rápidamente, como ocurre hoy. Hace unos días mencionaba Paul Krugman, premio Nobel de Economía, una frase del presidente Franklin D. Roosevelt que alentaba a la experimentación en medio de la gran crisis económica, social y política de los años treinta del siglo pasado, una etapa muy similar a la que estamos viviendo: “El país exige una experimentación audaz e insistente. Es de sentido común adoptar un método y ponerlo a prueba; si fracasa, reconocerlo con sinceridad y probar otro. Pero, por encima de todo, probar algo”.

Esta actitud abierta a la experimentación es el camino para mejorar la enseñanza. No es cuestión de grandes reformas del sistema educativo. De hecho, desde la llegada de la democracia ha habido más reformas que gobiernos. Lo que necesitamos es libertad para experimentar desde los propios centros, sin que, como ocurre hasta ahora, para innovar haya que volar por debajo de los radares de la Administración para no ser identificados, como escuché a un director de centro.

Esta restricción no es un rasgo exclusivo del sistema educativo. Afecta al conjunto de los programas públicos y del ordenamiento económico en general. Un nuevo progresismo tiene que reivindicar esta mayor libertad de experimentar y emprender.●

Pilar Rahola



Pasión Hermida

En los tiempos de mis otras vidas, allá por los años noventa, el crítico Ferran Monegal me bautizó como una chica Hermida. De hecho, dado el gusto por lucir piernas de las féminas de la época, nos puso el título de “club de la pantorrilla” a todas las debatientes, y servidora tuvo el honor de ser “la presidenta” de tal club. Eran los tiempos de los primeros grandes debates en televisión, con Jesús Hermida de maestro de ceremonias. Han pasado los años, se han alargado las faldas y otros programas han llenado las televisiones, pero el recuerdo de aquel Hermida ha perdurado en quienes lo conocimos y lo quisimos.

Personalmente, guardo con cariño ese peculiar título que me otorgó el amigo Monegal, homenaje indirecto de mi época con el gran periodista.

Si tuviera que definir a Hermida, hablaría de pasión. De pasión y de dedicación, y también de bondad. Esencialmente era un hombre bueno, dotado de una elegancia británica que lo hacía respetable y, a la vez, empático y entregado a la profesión con una pasión desbordante. Quizás fueron sus orígenes humildes –huérfano de un pescador

Acercó el color del mundo a una España en blanco y negro, que vivía en su tiránica ínsula Barataria

desaparecido en el mar– los que le dotaron de una voluntad férrea, pero lo cierto es que se entregaba al oficio como lo que fue, uno de los grandes del periodismo. Recuerdo sus consejos en la previa de los debates, animándonos a ser todo lo auténticos que éramos, porque “la televisión muestra la verdad y escupe la mentira”. Siempre lo vi sonreír y a pesar de la tensión de esos macrodebates en directo, revolucionarios para la televisión de aquellos tiempos, nunca perdió la compostura. Todos los debates que vinieron después bebieron de sus fuentes y de su maestría, y en cierto sentido, Hermida siguió siendo el periodista más moderno de los viejos periodistas.

Personalmente, no me gustó su entrevista al rey Juan Carlos. Demasiado acaramelado, demasiado prefabricado, poco él mismo. Pero en su larga y comprometida trayectoria, es un hecho menor. Mucho más relevante es recordar sus tiempos como corresponsal en Nueva York, cuando acercaba el color del mundo a una España en blanco y negro, que vivía en su tiránica ínsula Barataria, aislada de la modernidad. Muchos le recordarán por ser el que retransmitió para TVE la llegada del hombre a la Luna, pero lo cierto es que la inmensa mayoría lo recordaremos por haber revolucionado la televisión y haber conseguido un lenguaje catódico para la ardua prosa de la política. Si ahora nadie imagina la televisión sin debates políticos, es porque un día Hermida imaginó la televisión con ellos. Y además, consiguió que tuviera el lenguaje que el medio exigía.

Se ha ido de golpe, zas, sin avisar. Los que lo conocimos sólo podemos hablar bien y alto porque fue un hombre delicado, íntegro y bueno. Y quienes no lo conocieron quizás agradecerán su buen hacer periodístico. Ha muerto uno de los grandes. Muchos, hoy, lo lloramos.●

Josep F. Mària

Tradiciones y fundamentalismos

Los últimos atentados islamistas han llevado a algunos a considerar al islam irremediablemente vinculado con el fundamentalismo. Hace unos años, Samuel Huntington escribió que “el islam tiene fronteras llenas de sangre”. Pienso que conectar tan estrechamente islam, fundamentalismo y sangre es simplificar, y no conduce a soluciones justas y duraderas. Alternativamente, el fundamentalismo se puede entender como una patología propia de toda tradición, religiosa o no. Anthony Giddens define el fundamentalismo como una tradición acosada. Cree que las ideas que nos habitan y orientan provienen siempre de tradiciones: religiosas, filosóficas, ideológicas. Y que los fundamentalismos

son patologías propias de la globalización: hoy fenómenos globales (música, películas, internet, migraciones) difunden formas de vida que cuestionan las identidades de grupos atados a una tradición. Cuando un grupo se siente acosado, tiene miedo de perder la identidad y se aferra a preceptos de la tradición, defendiéndolos con la imposición, se convierte en fundamentalista. Al miedo se suman la ignorancia y el odio: los fundamentalistas ignoran –consciente o inconscientemente– la riqueza propia de la tradición y atizan el odio al contrario a su autoridad.

Es justo remarcar que miedo, ignorancia y odio están presentes en los fundamentalismos (o totalitarismos) de raíz religiosa, pero también en los de raíz nacionalista (nazismo) o socialista (estalinismo, jermes rojos). Según Giddens, el fundamentalismo no tiene que ver con el contenido de la tradición (religioso o no religioso) sino con la manera violenta de defenderla.

¿Cómo tratar el terrorismo islámico? Se le tiene que contener policial y militarmente pues viola derechos humanos. Pero también tenemos que construir sociedades occidentales inclusivas socialmente y plurales religiosamente, donde los musulmanes –como toda otra tradición– puedan elaborar sus identidades a partir de los mejores recursos de la propia tradición. Y en los países de tradición mayoritariamente islámica hemos de cambiar políticas imperialistas y actitudes prepotentes que han sido aprovechadas por los líderes fundamentalistas; y promover el derecho a la libertad religiosa de los no musulmanes. El reto cultural de la globalización consiste en posibilitar que las diversas tradiciones hagan florecer su riqueza al servicio de una convivencia justa y plural.●